



*Julia
London*

**DIVA
AMERICANA**

Tiene fama, éxito y todo lo que siempre
ha soñado con conseguir. ¿Será
suficiente para ser feliz?

Fama, éxito, dinero... ¿Suficiente para ser Feliz?

Andrey una gran estrella, llegó a la fama gracias a su gran voz y arte pero también con la ayuda de su novio.

Al tener que hacer una gira con unas cartas amenazadoras, Lucas le busca guardaespaldas.

Jack, así con ese dinero conseguiría su propio sueño: Dirigir su propia escuela de pilotaje. Al final con el amor y el deseo se descubre que las apariencias engañan.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas a desaparecidas es pura coincidencia .

Prólogo

¿AUDREY TIENE UN BOMBO?

(Celebrity Inside Magazine)

La diva del pop, Audrey LaRue y su actual acompañante, el cantante Lucas Bonner, remataron una semana de gira, en Nueva York, en el local de moda, el nuevo club de Vincent. Otros asistentes dicen que vieron a la pareja como dos tortolitos en una área reservada separada por un delgado biombo. Un amigo cercano a la pareja nos explicó que el peso que Audrey ha ganado últimamente se debe a que espera un bebé, que nacerá en Navidades. (El representante de LaRue ha negado el rumor y lo ha calificado de «ridículo».)

¿Se acabó la luna de miel?

Audrey LaRue a Lucas Bonner: ¡Necesito espacio!

(Famous Lifestyles Magazine)

Hace semanas que circulan rumores de que la larga relación entre Audrey LaRue y su pareja, el guitarrista Lucas Bonner, atraviesa momentos difíciles. «Audrey se ha ido a casa de su madre –nos confesó una fuente cercana a la pareja–. Está tratando de terminar un nuevo álbum mientras soporta las ridículas exigencias de Lucas, y ha llegado al límite. Su madre

le está dando el cariño y los cuidados que tanto necesita antes de empezar su gira de verano, dentro de unos meses.» Hasta el momento, no hemos podido contactar ni con el representante de Audrey ni con el de Lucas.

Capítulo 1

Marty Weiss se sentía el hombre más afortunado de todo Chicago. Llevaba soñando con conocer a Audrey LaRue, la estrella del pop, desde que su nieta de diez años, a quien había tenido que hacer de canguro una noche, se la había dado a conocer por medio de MTV. Desde el momento en que Audrey apareció en el televisor de plasma de pantalla plana, con su cabello rubio rizado, el ombligo al aire y unos altos zapatos de tacón, Marty se quedó hechizado.

Había permanecido quieto, sentado en la punta de la silla, con los ojos y los oídos clavados en cada centímetro y cada sonido de Audrey.

Al día siguiente, se había comprado los dos CD de ella que existían, y los había puesto una y otra vez en el estéreo del coche. Al cabo de un mes, se sabía de memoria la letra de las veintiocho canciones, había leído la carátula hasta memorizarla y tenía una lista con las fechas de los conciertos de la gira que la joven iba a dar en verano.

También se había unido a un club *on-line* de fans de Audrey LaRue, donde los admiradores más fervientes colgaban cosas diariamente. Marty se había convertido en un participante habitual del sitio, y allí opinaba sobre la vida amorosa de LaRue (según Marty, llevaba demasiado tiempo con Lucas Bonner, un músico de segunda fila), sobre su tan rumoreado embarazo (se la veía demasiado delgada para estar preñada, y siendo como era padre de cuatro hi-

jos, Marty sabía cuándo una mujer estaba preñada) y sobre la ascensión meteórica de su último CD en las listas de éxitos (debida, en parte, a la compra masiva que había hecho Marty).

Así pues, no es de extrañar que cuando su esposa, Carol, comenzó a planear el sexagésimo cumpleaños de Marty, éste llamara a un viejo colega que tenía en Hollywood y le pidiera que le devolviera un favor que le debía. Luego contó a sus compañeros *on-line* que estaba seguro de que podría conseguir que Audrey acudiera a su fiesta.

Los otros ciberfans se burlaron de él. Le dijeron que «ni en sueños» Marty iba a conseguir que Audrey asistiera a su cumpleaños. Un tipo incluso le dijo que le daría cien pavos si lograba que la compañía discográfica de su admirada le contestase.

Marty sabía que aquellos ciberyahoos no tenían ni idea de la cantidad de pasta con la que él contaba para hacer que eso sucediera. Como propietario de una serie de plantas de manufactura de chips de ordenador, además de sus contactos con ciertos «hombres de negocios» de Chicago, Marty tenía los bolsillos bien llenos.

La fiesta de cumpleaños era idea de Carol. Una prima suya de Los Ángeles le había hablado de un pequeño negocio superprivado que podía organizar una salida superprivada para gente de espíritu aventurero.

–Organizaron la boda de Olivia Dagwood –le contó Marsha un día en que ella y Carol fueron al *spa*–. Quiero decir, casi... Lo tenían todo preparado cuando sucedió el desastre.

–¿En serio los conoces? –preguntó Carol emocionada conteniendo la respiración–. ¡Lo leí en *People* !

–Ajá –asintió Marsha–. Han hecho un montón de cosas peligrosas como ésa. –Lo dijo como si todas las bodas fueran acontecimientos arriesgados, y siguió explicándole a Carol lo del negocio. Los Aventureros Extremos Anónimos organizaban excursiones extremas. Su especialidad

eran las aventuras con privacidad garantizada. Pero lo que más llamó la atención de Carol fue que normalmente AEA trabajaba con estrellas de cine.

Cuando se lo explicó a Marty, éste se mostró entusiasmado. No le importaba demasiado lo de la privacidad, pero a algunos de sus amigos sí, ya que tenían una relación bastante tirante con los federales, el Estado y las autoridades locales.

Con la ayuda de un par de mujeres de los AEA, Carol planeó la gran fiesta. Tendría lugar en una isla privada, frente a la costa de Costa Rica. Pasearían un poco en kayak por el océano, harían un rato de *tirolesa* por la jungla y una pequeña excursión por una cascada hasta un volcán. También habría servicio de *catering* traído de los mejores establecimientos de comidas de Estados Unidos.

Cuando Carol le preguntó a Marty si quería algo especial, además de todo eso y una lista de invitados de unos doscientos nombres, él le contestó que sí: quería a Audrey LaRue.

Carol pensó que se había vuelto loco.

—Esa chica de la que estás tan enamorado es más joven que tu hija, pervertido —le recordó—. Y mucho más joven que esas putas con las que vas normalmente.

Hay ciertas cosas que una mujer nunca llega a perdonar; y una aventura extramarital, o tres, suelen estar arriba de todo de la lista.

Pero Marty era obstinado, y como era él quien corría con los gastos de la fiesta, Carol no tenía mucho que discutir. Además, resultó que el amigo de Marty en Hollywood tenía un amigo que tenía un amigo que conocía al representante de Audrey LaRue.

Así que el día antes de su sexagésimo cumpleaños, Marty se hallaba en una playa privada de una isla privada cerca de Costa Rica, un poco achispado, aunque sólo eran las dos de la tarde. Llevaba puestas sus nuevas bermudas de Tommy Bahama, cuya cintura no paraba de doblársele

bajo el prominente estómago; sus viejas chancletas de cuero evitaban que la arena le quemara los pies. Sujetaba un vaso un *whisky* a palo seco adornado con una pequeña sombrillita, mientras contemplaba el bote que conducía a Audrey y a su equipo a la isla.

Marty Weiss no podía ser más feliz. Y no podía esperar a contárselo a todos los del ciberclub de fans.

Después de dos días de ocuparse del grupo de Chicago, los Aventureros Extremos Anónimos estaban exhaustos. Los cuatro socios, Michael, Eli, Cooper y Jack, estuvieron de acuerdo en que aquella era una de las salidas más duras que nunca habían hecho. No por los deportes en sí, sino por lo que parecía una gran fiesta infantil de cumpleaños llena a reborar de niños alborotados. De todos los viajes que habían hecho, éste estaba alcanzando el rango del de la Boda de Satán, en las Montañas Rocosas, también conocida como la fusión nuclear de Olivia Daggwood, una estrella de cine de primer nivel.

Ninguno de ellos sabía decir qué era en concreto lo que hacía que aquel grupo fuera tan difícil. El *windsurfing* había funcionado sin problema, sobre todo porque sólo tres personas de las doscientas habían querido probarlo. El paseo en kayak por el océano se había convertido en una salida con un grupo de tipos gordos remando como si estuvieran en la parte poco profunda de una piscina y jugando a chocar con los botes. A la excursión por la cascada hasta el volcán se habían apuntado seis segundas esposas de lujo y un entrenador personal, y ni uno de los tipos de Chicago.

No, no estaban seguros de lo que hacía que aquel viaje fuera tan insoportable, pero mientras dos jóvenes costarricenses aseguraban en el arnés el culo del que cumplía años para que éste bajase con *tirolina* hasta la playa, a Ja-

ck Price se le ocurrió el porqué: no era nada divertido hacer de niñera.

Cuando Cooper le dio un buen empujón a Marty Weiss desde el saliente de roca, Jack hizo una mueca; quizá por los gritos infantiles que soltaba el hombre o quizá por la forma en que se movía el cable, como la cuerda de un yoyó, bajando hasta la copa de los árboles para volver a subir hacia arriba.

–Dije que debíamos hacer una prueba de peso, pero nadie me hizo caso –se quejó Cooper suspirando, mientras contemplaba a Marty aterrizar en la playa y caer de bruces sobre la arena.

Cuando los AEA habían firmado para organizar esa fiesta de cumpleaños, habían pensado que la *tirolina* sería una forma segura y fácil de entretener a un grupo de potentados de Chicago que querían aventuras extremas. Pero lo que aquellos tipos querían de verdad era aventuras extremas sin lo de extremas. Todos y cada uno de los que habían bajado en *tirolina* desde lo alto de la colina hasta el lago habían gritado de terror todo el rato.

En realidad, lo único que querían era quedarse sentados sobre sus gordos culos, beber *maitais* y comer. Y a eso no era a lo que se dedicaban los Aventureros Extremos Anónimos.

–¿Y qué ha pasado con el *surfing* con parapente? –se había quejado Michael la noche anterior, mientras los peces gordos bailaban una rumba de borrachos a su alrededor–. ¿Desde cuándo nos dedicamos a montar eventos?

–Desde que visteis la pasta gansa –les recordó alegremente Marnie, la novia de Eli.

Nadie pudo negárselo. Era cierto que algunos de los hombres más ricos de Estados Unidos les pagaban como a reyes por organizar aquello, y los fajos de dinero tenían su propio y especial atractivo.

Aun así, si alguien estaba dispuesto a pagar toda aquella pasta, lo mínimo que podía hacer era probar alguna de

las excursiones que habían preparado los AEA. Pero no... más de uno les había preguntado si había un campo de golf en la isla, y luego se habían quejado al oír la respuesta negativa, como si el golf fuera el único deporte que les interesara.

Mientras Jack y Cooper observaban a los colegas de Marty recogerlo del suelo y meterlo en el agua para quitarle la arena, oyeron una voz de mujer.

–Perdone, señor Cachas, pero la señorita LaRue quisiera probar.

Jack y Cooper se volvieron de golpe y vieron a una bonita pelirroja vestida con unos *shorts* anchos y la minúscula pieza superior de un bikini. Ella sonrió a la entropierna de Jack.

–¿Quién? –preguntó éste, momentáneamente despiestado por la atrevida mirada de la chica.

La pelirroja alzó la vista.

–¿La señorita LaRue? ¿La cantante? –contestó ella en un tono interrogativo que dejaba bien claro lo que pensaba de la ignorancia de Jack.

–¿Y dónde está la señorita LaRue? –preguntó Cooper.

La pelirroja señaló hacia atrás con el pulgar por encima de su hombro justo en el momento en que Audrey LaRue, sin duda la estrella pop más sexy del país, vestida con unos *shorts* muy cortos y una camiseta apenas existente, avanzaba por el sendero, pateando los matojos con aspecto de estar muy irritada.

–Dios, ¿dónde está esa mierda? –la oyeron mascullar.

La pelirroja suspiró profundamente mientras Audrey salía de entre la espesura y avanzaba despacio hasta el saliente. No hizo ningún caso de Jack y Cooper cuando pasó entre ellos para mirar hacia abajo. Incluyó un bonito cuello para ver el fondo e inmediatamente los agarró del brazo, al parecer con súbito vértigo.

–¡Mierda! –susurró.

–Es una *tiroliana* –explicó la pelirroja–. Tiene que estar en un sitio alto.

–Eso ya lo sé –replicó Audrey.

–¿Y...? ¿Tienes miedo?

La otra le lanzó una fría mirada por encima del hombro.

–No... Bueno, sólo un poco.

–Si no lo ves claro, tal vez no deberías hacerlo –sugirió Cooper.

–Tengo que hacerlo –masculló Audrey.

–¿Por qué?

–Porque me han prometido una cuantiosa cantidad para mi fundación si lo hago –contestó, haciendo un gesto hacia los ricachones que miraban desde la playa.

Desde detrás de Audrey, la pelirroja volvió a sonreírle a Jack, y le recorrió el cuerpo con la vista hasta volver a detenerse en la entrepierna. ¿Qué le pasaba a aquella chica? Jack miró a Audrey y le dijo:

–Si quieres bajar, empieza a atarte, monada. Tenemos que recoger todo esto.

Ella lo miró.

–¿Y dónde me... ato?

Jack señaló a los dos costarricenses que estaban a unos metros. Uno de ellos le tendió un arnés.

–Oh, Dios mío –suspiró la chica, y echó a andar hacia ellos.

La pelirroja la siguió. Jack y Cooper observaron mientras los chicos le colocaban el arnés.

–¿De qué fundación crees que se trata? –preguntó Cooper por decir algo.

–Ni idea –contestó Jack encogiéndose de hombros. Y la verdad, tampoco le importaba. Aquel fin de semana ya había tenido toda la diversión que podía soportar. Se moría de ganas de largarse de la isla.

Dado lo soso que todo el evento estaba resultando ser, el misterio de la presencia de Audrey LaRue en aquella juerga resultaba cada vez mayor. Los chicos de AEA se ha-

bían preguntado más de una vez cómo era que los tipos del negocio del ladrillo, que en ese momento se estaban revolcando y salpicando como ballenas en un lago, podían haberla convencido para que fuera a una isla privada en Costa Rica.

–Dinero –había aventurado Eli una de las noches, mientras se tomaban unas cervezas–. ¿Qué sino? Por eso es por lo que todos estamos aquí.

–Sí, pero vosotros haríais cualquier cosa por dinero –había replicado Leah, la esposa de Michael, sin hacer caso de sus miradas de sorpresa–. Le tienen que haber ofrecido montones de dinero, como la recaudación de un disco de platino, porque no puedo imaginarme qué llevaría a ninguna mujer en su sano juicio a venir a Costa Rica y pasarse todo el fin de semana con un hatajo de borrachos.

En aquellos momentos, Jack estuvo tentado de preguntárselo a la señorita LaRue, mientras ésta intentaba desenredar las cuerdas del arnés, que había conseguido enredar en dos minutos.

–¿Puedes arreglarlo? –le preguntó a uno de los chicos. Éste le contestó algo en español mientras ella se apartaba un rubio rizo de los ojos y se volvía hacia Jack y Cooper–. ¿Puede ayudarme alguien? –pidió.

La pelirroja le dio la espalda y se rió por lo bajo.

Jack confió en que fuese Cooper, pero cuando lo miró, se dio cuenta de que éste no estaba mirando exactamente hacia el arnés. No se le podía reprochar, con aquellas piernas, largas y bronceadas, y unos ojos verdes capaces de iluminar todo un escenario, la chica estaba como un tren.

Jack no se dio cuenta de hasta qué punto lo estaba hasta que se acercó a ayudarla.

–¿Cómo has conseguido retorcer tanto las correas? –le preguntó.

–¡No lo sé!

Él agarró la punta de las dos correas y les dio un fuerte tirón, asegurando el arnés, y casi haciendo caer a Audrey

sobre él. Ella lo miró con sus impresionantes ojos verdes y enarcó una ceja dorada.

–Creo que está demasiado apretado.

Jack esbozó una leve sonrisa.

–¿Estás segura?

–Sí, estoy segura.

Él la desató y la volvió a atar, y a continuación le hizo un gesto para que pasara delante hasta el borde. Ella avanzó lenta y cuidadosamente para echar otra ojeada hacia abajo.

–¿Estás convencida de que quieres hacerlo? –le preguntó Jack al extraordinario culo de la chica.

–Como si tuviera elección –replicó ella irritada.

–Quiere decir que tiene que hacerlo si quiere los cincuenta mil de esos tipos –explicó alegremente la pelirroja.

–¡Auuuuuddreyyyyyy! –Algún imbécil plantado en la orilla de la laguna estaba gritando y agitando sus enormes brazos, blancuzcos y fofos–. ¡Baja, nena! ¡Yo te cojo!

Sus colegas soltaron unas estruendosas carcajadas de borrachos.

Jack les echó una mirada y luego se volvió hacia Audrey.

–Como te decía, ¿estás convencida de que quieres hacerlo?

Audrey soltó un gruñido.

–Mira, tío, llevo ya veinticuatro horas aquí, creo que ya he demostrado mi valor en combate, además, unos cuantos viejos con unas cervezas encima no me asustan. –Se calló y miró hacia la playa–. Bueno, sí me asustan, pero no hay para tanto. Puedo manejarlos. Sólo quiero acabar con esto de una vez. Así pues, ¿te puedes apartar y dejarme un poco de sitio?

Jack se encogió de hombros, e hizo lo que le pedía.

–Repasemos unas cuantas cosas –intervino Cooper–. Las manos sobre la cuerda –le explicó mientras sujetaba el

arnés al cable—. Las piernas juntas y por delante. Eli y Michael te ayudarán al final del paseo.

Audrey miró a Cooper frunciendo el cejo.

—Eso sí que es un eufemismo. Bueno, allá voy. —Y antes de que Cooper pudiera decirle que no saltara, sino que se limitara a dar un paso hacia el abismo, ella saltó y el cable rebotó.

—¡Mierda! —exclamó Cooper sacudiendo la cabeza.

La pelirroja se abrió paso entre ellos para mirar; los tres oyeron gritar a Audrey todo el camino de bajada y la vieron aterrizar de bruces sobre la playa. Inmediatamente, dos o tres tíos gordos la rodearon; Eli y Michael fueron también, y se interpusieron entre ella y los hombres, para poder soltarla.

De repente, la pelirroja se echó a reír. Cooper en cambio soltó un silbido bajo.

—Mierda —repitió—, mierda.

Justo lo que Jack pensaba.